

Hidalgo

A 200 años de su nacimiento

La voz inmortal de

Bartolomé Hidalgo, nacido en 1788, fue partícipe y testigo en un período intenso de nuestra historia, hasta su fallecimiento en 1822. Y supo dar un testimonio fidelísimo de cuanto sentía y expresaba el común de la gente, con la habilidad y conciencia, es cierto, de quien siente en sí esa voluntad de comunicación propia de los payadores y cantores populares, con el estímulo consiguiente para su espíritu creador. Su producción, como la de toda manifestación folclórica, no cabe concebirla como naciendo de la nada, de una actitud estática, como una invención que urde sus recursos y sus manifestaciones en una aparición gratuita. Nace, en efecto, en parte como contrapartida, pero también como usufructo de cánones culturales y gramaticales vigentes.

Entre la literatura entonces predominante, de tan poca difusión en nuestras regiones, y la modalidad adoptada por Hidalgo, es evidente la afinidad que las emparenta, y es que un idioma no es algo inerte, a lo cual pueda imponérsele cualquier clase de alteraciones. Un idioma supone en efecto un espíritu, una red de relaciones significativas y de maneras de expresarlas, y el creador debe asumir ese espíritu, in-

fundiéndole las inflexiones renovadoras que, en virtud de necesidades espirituales apremiantes, puede infundir en esa conformación tradicional.

Viene al caso señalar una omisión que suele cometerse al hablar de Hidalgo como un iniciador, al no mencionar otra expresión literaria que, aunque sin repercusiones tan amplias, nos revela la existencia de una propensión expresiva contemporánea digna de considerarse; nos referi-



HIDALGO: no fue el inventor del cielito, pero sí su creador por excelencia

mos a la obra, casi totalmente inédita, de aquel poeta y cantor que fue Ansina, compañero inseparable de Artigas, cuyos versos constituyeron en los orígenes de nuestra literatura un aporte singular. De menor homogeneidad, supeditado como lo estaba a las exigencias del canto, Ansina documentó sin embargo con notable autenticidad las alternativas históricas que debió vivir, y volcó en su producción una calidad de alma asimismo ponderable. Ansina, como Hidalgo, testimonió una época, y ambos supieron hacerlo con total limpieza espiritual. Pero Hidalgo, a esa condición compartida, agregó un dominio más diestro y flexible de sus medios expresivos, constituyendo sin duda un precedente que habría de dar lugar a la adopción de una actitud radicalmente nueva dentro de la literatura existente. Y lo realizó como sin esfuerzo, con la solvencia de quien, entre su concebir y su hacer, no tropezó contra ningún inconveniente apreciable que perturbara su intención.

En el uso del estilo "campestre" tuvo algunos antecesores, como el canónigo Juan Baltasar Maciel en 1778, cantor de los triunfos del gobernador Ceballos con vocabulario y mentalidad gauchesca. Pero fue en Hidalgo que esa disposición adquirió una calidad inédita, justificando la afirmación de Borges de que en la poesía gauchesca del siglo XIX alienta, inconfundible, "la voz de Hidalgo, inmortal, secreta y modesta".

Su "modestia" nació en primer lugar de los géneros utilizados: así el octosílabo de sus cielitos, donde la consonancia juega un papel fácilmente advertido. Pero fue espiritualmente donde su modestia fue inmaculada; no pretende en efecto sino expresar lo que todos sienten o pueden normalmente sentir, utilizando los giros de lenguaje más comunes, sin que en ningún momento intente realzar sus composiciones con engolamientos o pretensiones de especialista. Y supo además usar el humor en sus modalidades más entoradoras, incluyendo burlas, parodias, exageraciones rotundas y las mal llamadas "malas palabras", siempre, eso sí, como versión de sentimientos que, con ser populares, estuvieron lejos de ser populacheras, pues supo enaltecerlas, dentro de esa invariable accesibilidad, con un secreto acorde de experiencias primordiales, que no necesitan —al contrario, rechazan— toda distinción o afectación.

No incurrió así en la aparatosa demagogia de la poesía llamada gauchesca que, si bien contó después con cultores de innegables virtudes, ya no pudo volver a recorrer con esa ingeniosa sabiduría que caracterizó a Hidalgo, como primer transeúnte de un camino hasta entonces no hollado y sin metas superiores prefijadas. Fue simplemente él, y escribió así porque lo sintió así. Y fue casi un milagro que lograra esa naturalidad y una expresividad nacida, según no podemos dejar de reconocerlo, de una consustanciación sin menguas con la sensibilidad más común. En ese sentido, la producción de Hidalgo merece la calificación de "inmortal" con que la ensalzara Borges, según creemos nosotros que debe interpretarse.

Es en efecto de tales caracteres que la lectura de Hidalgo mantiene su vigencia y su autenticidad. ¿Quién puede dudar que cuanto emprende, ya sea la descripción de un hecho como los festejos en las fiestas mayas, ya sea un alegato en pro de los movimientos liberadores o en contra de los privilegios de los gobernantes, llega Hidalgo a expresar con irrefutable verdad lo que vivía, fuera como simple espectador, o como fiel intérprete de la conciencia general? Leyéndolo, nos enteramos entre qué ideas y qué palabras, y entre qué gustos y disgustos vivía la gente en esos años. No se remonta, es cierto, a conceptualizaciones de historiador, pero el historiador no puede ni debe prescindir de tan flagrante testimonio. Y es que de su lectura se extrae una comprensión cabal de cuánto y de cómo sentía el hombre de entonces, aquel agonista a quien se suele diluir con pretensión científica dentro de categorías casi abstractas, y que con Hidalgo reaparece, "inmortal", el tan momentáneo como eterno habitante de entonces. ●